

Hacia un marxismo con características chinas

ALFREDO IGLESIAS DIÉGUEZ

Marx & China: La sinización del marxismo, de Xulio Ríos. Akal, Colección A fondo. Madrid, 2025. ISBN 978-84-460-5701-7

En 1931, Japón, que ya se había anexionado Corea en el año 1910, ocupa el territorio chino de Manchuria; ese hecho marca el inicio de un proceso que desembocará en la «guerra de resistencia contra la agresión japonesa» tras el «incidente del puente Marco Polo» el 7 de julio de 1937. Esa guerra, la segunda guerra sino-japonesa, terminó cuando, como consecuencia del masivo ataque soviético sobre el ejército japonés iniciado el 8 de agosto de 1945, los ocupantes abandonaron el territorio chino en apenas unas semanas; no obstante, en ese momento empezó una lucha entre los nacionalistas liderados por Chiang Kai-shek y los comunistas liderados por Mao Zedong. Se trata de la guerra de liberación, que formalmente termina cuando los nacionalistas se refu-

gían en la isla de Taiwán y culmina con la proclamación, por el presidente Mao, de la República Popular China el 1 de octubre de 1949. Con el triunfo comunista se pone fin al Siglo de la Humillación, que empezara en 1839, cuando los ingleses y otras potencias europeas sometieron al Imperio chino a los intereses occidentales, para lo que recurrieron a



191

las guerras del Opio (1839-1842 y 1856-1860).

Es en este contexto de luchas por la soberanía —contra el enemigo extranjero— y de clases —burgueses y proletarios, como señalan Marx y Engels en *El manifiesto* (1848)— que se desarrolla en el territorio de una civilización milenaria, con una importante tradición filosófica —también materialista— y en la administración del Estado, en el que se introduce el marxismo en China, lo que lleva a la fundación del Partido Comunista de China (PCCh) en 1921. Ese hecho, por lo tanto, determina el origen y la evolución de la línea político-ideológica del marxismo chino, que se caracteriza por lo que Xulio Ríos denomina *sinización del marxismo*. Una vía, señala Xulio Ríos en el libro, que empieza con la recepción del marxismo por Li Dazhao, uno de los fundadores del PCCh, que asimila el marxismo con el ideal Dafong, que afirma que «todo lo que hay bajo el cielo es para el pueblo». Bajo esta perspectiva, Mao puso en marcha el proceso de sinización del marxismo a lo largo de una larga fase «maoísta» que abarca desde 1921 hasta 1978 y que está jalonada por tres hechos fundamentales: el triunfo de la revolución en 1949, el Gran Salto Adelante (1958-1960) y la Revolución Cultural (1966-1976). Fueron, por lo tanto, años de construcción de un nuevo socialismo: los modelos ajenos no valían, ya que había que adaptar el marxismo a la realidad china, lo que no estará exento de fracasos —ahí están los sucesos del Gran Salto Adelante y de la Revolución Cultural, cuyo balance es profundamente negativo—. Asimismo, fueron

años en los que se puso en marcha la industrialización del país y la reforma agraria. En este sentido, la necesidad de establecer un camino propio alejado tanto del liberalismo como del socialismo soviético —que no se adaptaba a la realidad china y que llevó a la ruptura con la URSS en 1956—, llevó a Mao a sentar las bases de lo que hoy conocemos como *pensamiento Mao*, que se resume en tres tesis: 1) integración del marxismo-leninismo en la realidad china, 2) la línea de masas y la búsqueda de la verdad en los hechos y 3) el principio de independencia frente a otras experiencias socialistas, como la soviética.

A la muerte de Mao y tras el ascenso de Deng Xiaoping al poder, se inicia la segunda fase de ese largo proceso de sinización del marxismo: el denguismo (1978-2012), que integra los mandatos de Deng Xiaoping (1978-1990), Jiang Zemin (1990-2002) y Hu Jintao (2002-2012) y constituye la consolidación del socialismo con características chinas, que estableció las bases de un nuevo modelo económico y político. La impronta de Deng en la sinización del marxismo es fundamental, en primer lugar porque estableció que China se encontraba en una etapa primaria del socialismo, lo que le llevó a establecer que el camino hacia el pleno socialismo debía regirse por los siguientes cuatro principios: la perseverancia en el socialismo, la dictadura democrático-popular, la dirección del PCCh y el marxismo-leninismo y el pensamiento Mao. Paralelamente, Deng sentó las bases para la modernización económica del país, transitando la vía del «socialismo de mercado» con base en la



propiedad pública y poniendo énfasis en la redistribución de la riqueza y el bienestar social, y avanzó en la construcción del socialismo a través de los siete ejes esenciales de la reforma política. En este contexto, la llegada de Jiang Zemin incorporó al pensamiento comunista chino la teoría de la triple representatividad, según la cual el partido representa a las fuerzas productivas nacionales, a las fuerzas de la cultura y a los intereses del pueblo, lo que supone que a partir de ese momento el PCCh, reconociendo la realidad social china y basándose en la nueva gobernanza inspirada en un sistema de partidos que aspira a representar al pueblo chino, se convertirá en la vanguardia del pueblo, no solo en el representante de la clase obrera y campesina. Posteriormente, bajo el mandato de Hu Jintao se estableció la «concepción científica del desarrollo», con la que el PCCh aspira a responder a la justicia social y a la protección ambiental sin dejar de fomentar el desarrollo económico.

La última fase, por ahora, en la sinización del marxismo es el xiísmo (2012-), que avanza en la modernización de la China socialista y se corresponde con el mandato de Xi Jinping, quien establece las bases del «socialismo con peculiaridades chinas en la nueva era». Este «nuevo socialismo» se fundamenta en las 14 perseverancias: dirección absoluta del partido, consideración del pueblo como sujeto central del proceso revolucionario, la profundización de la reforma, la nueva concepción del desarrollo, la condición del pueblo como dueño del país, el gobierno según la ley, los valores socialistas centrales, la garantía y

mejora de las condiciones de vida del pueblo, la civilización ecológica, la seguridad nacional, el imperio del Partido sobre el ejército, la reunificación y el principio de «un país, dos sistemas», la construcción de una comunidad de destino compartido de la humanidad y la exigencia de una mayor severidad disciplinaria en el partido.

Para los hombres y las mujeres que vivimos en el Occidente y que tendemos a «comprender el mundo desde una perspectiva occidentalocéntrica», que sitúa determinados valores «platónicos» en el centro del debate público, y tendemos a pensar que todo lo que sea «modernizarse» pasa por «occidentalizarse», es difícil comprender la «sinización del marxismo». Sin embargo, China, sin renunciar a su cultura tradicional, en particular a los conceptos «todo bajo el cielo es para el pueblo», «la armonía y la unidad entre la naturaleza y la humanidad» y «la convivencia armoniosa entre todas las naciones», y a los «valores asiáticos» («la nación por encima de la comunidad y la sociedad antes que el individuo», «la familia como unidad básica», «la busca del consenso y de la imposición», «la armonía y la tolerancia» y «el apoyo de la comunidad al individuo»), ha construido una vía china hacia el socialismo que sin pretender ser modelo, tiene mucho que enseñar. Principalmente, que el marxismo es un ideario que aspira a transformar la sociedad y a emancipar a la humanidad el cual hay que adaptar a cada realidad social sin renunciar a la herencia cultural, sobre todo a aquellas que permanecen apegadas a la naturaleza y a la solidaridad. ★

